

EL NOVELISTA GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, ALIAS DE SOBREPEÑA

A don José Juan Arrom

Sí, señor: el novelista. No quiero decir, ni sostener, que Fernández de Oviedo fue un gran novelista olvidado. Ni siquiera un buen novelista. Adolecía de dos defectos capitales para el oficio: la verborrea y lo explícito. Pero los defectos se volvieron virtudes cuando Oviedo descubrió su verdadera vocación, de observador universal de su tiempo y sus circunstancias. Hoy, sin embargo, quiero atender a la obra de Fernández de Oviedo como novelista, secundaria y de mínimo volumen cuando la comparamos con la ingente mole de su labor como cronista. Pero, así y todo, obra no desdeñable cuando se atiende a trazar el perfil ideológico de su autor, ya que fue el primer libro que publicó, y el único suyo original y de imaginación que se conoce. O sea que en buen método debe ser el punto de partida obligado de todo análisis intelectual de Fernández de Oviedo, aunque la crítica al uso no ha solido entenderlo así, y menos aún practicarle.

Se trata de una novela de caballerías, en cuya portada se lee: *Con privilegio [Escudo de armas de don Fernando de Aragón, duque de Calabria] / Libro del / muy esforçado e inuencible Cauallero de la Fortuna propia- / mente llamado don Claribalte que según su verdadera interpretación / quiere dezir don Félix o bienaventurado. Nueuamente imprimido e venido a esta lengua castellana¹, el qual procede por nueuo / e galán estilo de hablar.* Al verso sigue el Prólogo, que comienza así: «Este es un tratado que recuenta las hazañas e grandes hechos del cauallero de la Fortuna propriamente llamado

¹ Aunque parezca increíble, E. O'Gorman, *Sucesos y diálogos de la Nueva España* (México, 1946), págs. VIII y XLIX, acepta que el *Claribalte* sea traducción, sin caer en la cuenta de que se trata del tópico más manido de la caballerescas.

don Claribalte, que según su verdadera interpretación [*sic*] quiere dezir Félix o bienaventurado, nueuamente escrito y venido a noticia de la lengua castellana por medio de Gonçalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña, vezino de la noble villa de Madrid. El qual dando principio a la obra la endereça al serenísimo señor don Fernando de Aragón, Duque de Calabria, según parece por el proemio siguiente.» Y en el colofón se lee: «Fenece el presente libro del inuencible e muy esforçado cauallero don Claribalte otramente llamado don Félix: el qual se acabó en Valencia a XXX de Mayo por Juan Viñao. M. D.XIX.»

La obra tuvo segunda impresión en vida de su autor: Sevilla, Andrés de Burgos, se terminó de imprimir el 10 de diciembre de 1545². Pero es dudoso que Oviedo participase en esta edición, en parte porque estaba en Indias para esas fechas, y en parte porque para 1545 Oviedo ya había tenido la conversión espiritual e intelectual (de orientación erasmista) que le llevó a tronar contra los libros de caballerías, y cuya primera etapa quizá se pueda fechar en 1524, redacción de su *Epístola moral*, en respuesta a otra del almirante de Castilla don Fadrique Enríquez, «sobre los males de España y de la causa dellos»³. En años recientes la Real Academia Española imprimió un magnífico facsímile (Madrid, 1956), con un prólogo de poquísima monta de Agustín G. de Amezúa.

El destinatario del *Claribalte* era hijo y heredero de don Fadrique, último rey de Nápoles, víctima del reparto franco-español de su reino en 1501. Oviedo había servido a don Fadrique en Nápoles, y al servicio de su casa había regresado a España en 1502, donde, en ese mismo año, pasó al servicio de don Fernando de Aragón, duque de Calabria, a quien el Rey Católico tenía semi-encerrado en dorada jaula. Pronto abandonó su servicio, pero el afecto se mantuvo vivo, y afloró en la dedicatoria del *Claribalte*. Y no se debe pasar por alto que en 1519 el duque de Calabria estaba preso en Játiva, como recuerda Oviedo en su dedicatoria, y su perdón final sólo lo pronunciaría Carlos V en 1522⁴.

² Véase Antonello Gerbi, «El *Claribalte* de Oviedo», *Fénix. Revista de la Biblioteca Nacional* (Lima), 6 (1949), 378-90, ver pág. 380. Como suele ocurrir, el descubrimiento de Gerbi ha pasado desapercibido por los especialistas, y ni figura en Daymond Turner, *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. An Annotated Bibliography* (Chapel Hill, N.C., 1966), págs. 1-2, aunque cita el artículo de Gerbi en la pág. 36.

³ Se conserva inédita en la Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 7.075. Acerca de la nueva orientación de Oviedo, ver Marcel Bataillon, *Erasmus y España* (México, 1966), pág. 642.

⁴ Ver Vicente Castañeda, «Don Fernando de Aragón, duque de Calabria. Apuntes biográficos», *RABM*, XXV (1911), 268-86. El duque, ya restituído

Al publicar el *Claribalte* su autor tenía cuarenta y un años, y queda dicho que a pesar de su edad ésta es su primera obra impresa. Mucho mundo había corrido Oviedo en esos años, varias carreras y oficios había abrazado, y había recibido su regular dosis de desengaños y desilusiones. En 1514 había marchado a Indias, al Darién, pero adversas circunstancias, reclamaciones y agravios le traen a España en 1515. Con la excepción de un viaje a Flandes en 1516, a gestionar ante el nuevo rey, Carlos I, Oviedo permanece en España hasta 1520, cuando vuelve a Indias. Tal es la coyuntura vital en que publica el *Claribalte*, pero su redacción es anterior, y corresponde a su primera estancia en Indias, según declaración propia: «Estando yo en la India e postrera parte accidental [*sic* por «occidental»] que al presente se sabe... escribí más largamente aquesta crónica sin olvidar ninguna cosa de lo sustancial della» (prólogo, folio IIr). Por tanto, bien se puede designar al *Claribalte* como la primera novela americana⁵. Pero conviene puntualizar que nada de la realidad americana aparece en el *Claribalte*: para escribir una novela de caballerías el autor se vuelve tenazmente de espaldas a su circunstancia.

Se trata, en consecuencia, ni más ni menos que de un tempranísimo proceso inverso al estudiado por Irving A. Leonard en su hermosa obra *Los libros del conquistador* (México, 1953): se trata en nuestro caso de un conquistador que *vuelve* a España con un libro original, y no una historia o relación, sino una novela de caballerías, nada menos. Es interesante recordar al respecto que la exportación a América de este género literario se vería severamente prohibida a partir de la premática real del 4 de abril de 1531⁶. Pero para 1531 ya no era cuestión de importar novelas en Indias, sino que las Indias ya habían exportado su primera novela a España en el *Claribalte*.

al favor regio y nombrado virrey de Valencia, vivió hasta 1550. Hasta el final de su vida mantuvo Oviedo relaciones con él y su mujer: la duquesa, doña María de Mendoza, quería plantas americanas y escribe, con fecha de 4 de septiembre de 1549, a su corresponsal en Sevilla que se informe de Gonzalo Fernández de Oviedo, estante en esta ciudad, véase *Real Academia de la Historia. Discurso leído en el acto de su recepción por el Excmo. Sr. D. Miguel Lasso de la Vega y López de Tejada, Marqués del Saltillo* (Madrid, 1942), páginas 59-60.

⁵ Así ya la denominó Daymond Turner, «Oviedo's *Claribalte*: The First American Novel», *RoN*, VI (1964), 65-68, artículo por lo demás flojísimo. Es casi seguro, sin embargo, que Oviedo retocó el final de su novela después del viaje a Flandes, como evidencian los topónimos que allí ocurren, y que coinciden con localidades visitadas por él, *vid.* A. Gerbi, art. cit., pág. 380.

⁶ Véase Irving A. Leonard, *Romances of Chivalry in the Spanish Indies* (Berkeley, 1933).

La coyuntura histórico-literaria en que se articula la publicación del *Claribalte* era algo por el estilo: la boga de los libros de caballerías databa, por lo menos, del siglo XIV (recuérdense las conocidas quejas del canciller Pero López de Ayala por haber malgastado su juventud leyendo el *Amadís*), pero sólo la introducción de la imprenta podía asegurarles una circulación de relativa amplitud, y el consiguiente incremento del público lector. Recientes estadísticas nos permiten apreciar la divulgación progresiva de los libros de caballerías, y situar mejor, así, el puesto del *Claribalte* dentro del género⁷. De 1501 a 1510 se publicaron once ediciones de libros de caballerías; de 1511 a 1520, veinte; de 1521 a 1530, treinta y nueve; sólo en el año 1526 salieron doce ediciones, la pleamar caballeresca del siglo XVI. Y no hay para qué seguir: bastan estos datos para confirmar que Oviedo tenía buen olfato editorial al publicar su novela en el comienzo del vertiginoso crecimiento del género. Sin embargo, no secundó su obra, a pesar de la promesa inicial (prólogo, folio IIv) y final de continuación («... e se dirá en su lugar e con aquesto haze fin el primero libro o parte de la historia e crónica del emperador don Félix», folio LXXI vuelto). Es lógico suponer que su ya mencionada conversión a una nueva rigidez hacia las obras de entretenimiento jugaría un papel muy importante en todo esto⁸. Y conviene puntualizar que el intercambio de *epistolae morales* entre el almirante de Castilla y Fernández de Oviedo, en que éste ensaya los trenos moralizantes que le caracterizarán hasta su muerte, data de 1524, y éste es el mismo año en que aparece la primera crítica autorizada, severa y explícita del humanismo quinientista español, imantado por Erasmo, contra los libros de caballerías⁹. Estas críticas arreciarían en formidable *crescendo* a lo largo del siglo XVI (tres distintas se conocen de 1599), y el propio Oviedo se había plegado gustoso a ellas desde temprano. Por eso el *Claribalte*, nacido en muy propicia coyuntura histórico-literaria, quedó sin la prometida continuación, víctima de los nuevos afanes espirituales de esas décadas (de filiación erasmista

⁷ Me refiero al utilísimo trabajo de Maxime Chevalier, *Sur le public du roman de chevalerie* (Burdeos, 1968), en especial los gráficos de las páginas 2-4; y también el de Martín de Riquer, «Cervantes y la caballeresca», en J. B. Avalle-Arce y E. C. Riley, *Suma cervantina* (de próxima aparición).

⁸ Ver los textos del propio Oviedo contra los libros de caballerías que recogió M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, I (Madrid, 1905), CCLXXVI.

⁹ Juan Luis Vives, *De institutione christianae feminae*; para la frecuencia y cronología de estas críticas humanistas a un amplio sector de la literatura amena, véase el art. cit. de Martín de Riquer, quien recoge, ordena y amplía los trabajos anteriores de Menéndez Pelayo, Américo Castro, Werner Krauss, Marcel Bataillon, Eugenio Asensio, Pedro Sáinz Rodríguez y Edward Glaser.

los más notables), y del erasmismo injerto en misticismo italiano de su autor ¹⁰.

La novela comprende ochenta y dos capítulos, sin división en libros o partes, pero el argumento sí se puede dividir naturalmente en tres secciones, de diversa extensión, orientación y sentido. La primera trata de los amores de Claribalte con Dorendaina (caps. I-XLVII). Claribalte es príncipe del Epiro y se enamora de oídas de Dorendaina, princesa de Inglaterra, viaja a ese país para conocerla, triunfa en un torneo, se casa en secreto con la princesa, y la deja para participar en unas justas extraordinarias a celebrarse en Albania, con cuya descripción acaba esta primera parte. Los amores del protagonista están llevados por los estrictos cauces del amor cortés, con la terminología obligada: «religión de amor», «herejes de amor», etc. El mecanismo de la acción también recorre caminos familiares: como en el *Amadís de Gaula*, y más particularmente en el *Tirant lo Blanc*, la acción se centra en Inglaterra y culmina con sonadísimas justas. Como en el *Tirant*, hay en esta primera parte una renuncia a lo sobrenatural y maravilloso. Y Oviedo demuestra ya sus agudas dotes de observación, que tan cumplidamente revelaría su *Sumario de la natural historia* (Toledo, 1526), y en toda su obra posterior; hay en la novela una pugna entre ingleses e irlandeses, y el distinto acento identifica a éstos (folio XXV vuelto). Quizá el gusto natural que siempre demostró Oviedo por el detalle concreto se vio alentado en esta ocasión por idénticos gustos en el *Tirant*; véase, por ejemplo, el deleite con que se describen las danzas de la época (*Tirant*, capítulo 450; *Claribalte*, caps. VIII y XVII) ¹¹.

¹⁰ Véase Eugenio Asensio, «El erasmismo y las corrientes espirituales afines. Conversos, franciscanos, italianizantes», *RFE*, XXXVI (1952), 97-99. Mucho más general es el trabajo de Antonello Gerbi, «Oviedo e l'Italia», *Rivista Storica Italiana*, LXXVI (1964), 55-113, trabajo un tanto deslustrado por hipérbolos como: «[Oviedo] è un italiano del Cinquecento per la sua formazione mentale» (pág. 64). Basta recordar el *Claribalte* para desmentir tal afirmación: al escribir una novela de caballerías la formación mental de Fernández de Oviedo era muy de su patria y tiempo.

¹¹ El *Tirant* se publicó en Valencia, 1490, y en la misma ciudad, en 1519, publicó Oviedo su *Claribalte*. La segunda edición del *Tirant* fue de Barcelona, 1497, y en la ciudad condal estuvo largamente Oviedo en su viaje de 1515-1520, y, además, el *Tirant* se había traducido al castellano en 1511. Si miramos ahora en la dirección opuesta, a la posible huella que haya podido dejar el *Claribalte* en el género caballeresco, recordaré que en el *Palmerin de Inglaterra* (1547), el protagonista se hace llamar el Caballero de la Fortuna, nombre con que se identifica a Claribalte en el propio título de su novela. Y en el *Palmerin de Inglaterra* aparece un caballero llamado Claribalte (I, capítulo XII), y dos caballeros llamados Claribarte (I, xiii; II, xxiv). La influencia

Si distinguimos, según ha hecho Martín de Riquer, entre *libro* de caballerías (de imaginación morigerada) y *novela* de caballerías (triumfo de la imaginación y lo maravilloso), que es la distinción que establece el idioma inglés entre *novel* y *romance*, se puede decir que esta primera parte del *Claribalte* es un libro de caballerías¹². La segunda parte (capítulos XLVIII-LXXIV), en cambio, cae de lleno en la categoría *novela de caballerías*. Claribalte conquistará Constantinopla, cuyo emperador se defiende con un anillo y espejo mágicos, un fuertísimo gigante, y todos los conocimientos nigrománticos de su amante. Pero Claribalte, guiado por un batel desconocido (con lo que se cumple otro tópico de la novela de caballerías), arribará a Sicilia, donde cuatro nigromantes amigos (el menor de los cuales tiene doscientos años de edad) le proporcionarán unas sortijas mágicas, con las que podrá contrarrestar los efectos de los encantamientos del emperador.

Pero Claribalte no se afina en Constantinopla, a pesar de que ahora es príncipe heredero del imperio, sino que decide volver a Inglaterra, a su esposa. En el viaje marítimo es apresado por corsarios a la altura de Cabo Verde, sufre considerablemente porque «no era hombre de mar» (folio LVIII r; el lector puede imaginar la simpatía con que escribiría esto Fernández de Oviedo, después de su primer viaje transatlántico); desembarcan en Galicia, y Claribalte se escapa so pretexto de ir a hacer «lo que los hombres no pueden excusar» (folio LVIII r). Sigue su llegada a Inglaterra y la revelación pública de su matrimonio secreto con la princesa Dorendaina.

En los acontecimientos de esta segunda parte se cumple otro tópico consagrado desde muy antiguo en la literatura caballeresca: la conquista de Constantinopla por el paladín¹³. Nuevamente, en la literatura caballeresca peninsular, se adelantaron a Oviedo en el tratamiento del tópico tanto el *Amadís de Gaula* como el *Tirant lo Blanc*. Pero Tirant muere en Constantinopla (en la cama, como le gustaba recordar a Cervantes), mientras que Amadís vuelve a Inglaterra, como Claribalte.

Parece como si el tópico oriental, que centra esta segunda parte,

del *Tirant* sobre el *Claribalte* la postuló Pascual de Gayangos, *Bib. Aut. Esp.*, XL, xlvij; la repitió Sir Henry Thomas, *Spanish and Portuguese Romances of Chivalry* (Cambridge, 1920), págs. 138-39, y la aceptó Martín de Riquer, ed. *Tirant lo Blanc* (Barcelona, 1947), págs. * 184-85.

¹² Acerca de esta útil distinción, véase lo que digo en mi libro en prensa. *Temas medievales hispánicos*, cap. VII.

¹³ Véanse L. Stegagno Picchio, «Fortuna iberica di un topos letterario: la corte di Costantinopoli dal Cligès al Palmerin de Olivià», en *Studi sul «Palmerin de Olivià»*, III, *Saggi e ricerche* (Pisa, 1966), 99-136, y mis *Temas medievales hispánicos*, loc. cit.

abriese de par en par las puertas de la imaginación de Oviedo, quien acumula maravillas aquí con alegre desenfado. Pero cuando el héroe vuelve hacia Occidente, al mundo real y conocido (Cabo Verde, Galicia, Inglaterra), la imaginación vuelve a su antigua servidumbre, y lo maravilloso desaparece y aparece lo fisiológico.

Y comienza la tercera parte (caps. LXXV-LXXXII), con que termina la obra: el rey de Francia hace preparativos de guerra contra Inglaterra, mientras que España busca una alianza matrimonial con Inglaterra. En una victoriosa expedición militar Claribalte y sus aliados ingleses capturan al rey de Francia, al duque de Milán, el Delfín se entrega a su merced, entran en París, donde el rey de Inglaterra se corona rey de Francia. Italia se entrega a Claribalte, quien recibe en este punto, la noticia de que es emperador de Constantinopla. Su coronación coincide con un cisma en la Iglesia, pero éste se compone rápidamente por miedo y respeto al nuevo emperador. Y como última acción, el emperador interviene y convence al rey de Inglaterra de que devuelva el trono de Francia al Delfín, con lo que queda paladinamente demostrada la hegemonía espiritual y temporal del emperador en Oriente y en Occidente. Con tardío pudor, Fernández de Oviedo trata de echar un velo a la transparente realidad literaria, y nos dice que «lo que en ella se contiene fue en tiempo de Laumedonte, rey de Troya, e algunos quieren dezir que antes» (folio LXXV vuelto).

Esta última parte ya no es ni *libro* ni *novela* de caballerías, sino pura y simplemente una fantasía histórica, en la que Oviedo se adjudica a sí mismo el papel de profeta¹⁴. Pero esto no quiere decir que sea una fantasía simple, sino, al contrario, es una fantasía bastante compleja, sustentada por datos de la realidad histórica, de los tópicos literarios y del pensamiento político contemporáneo.

Hay que partir de lo más evidente: el emperador de Constantinopla era, desde 1453, sólo un tópico literario. El único emperador de existencia real en tiempos de Fernández de Oviedo era el monarca del Sacro Imperio Romano-Germánico. Para los antiguos lectores del *Claribalte*, las palabras emperador e imperio tenían realidad sólo en el

¹⁴ La novela se acabó de imprimir el 30 de mayo de 1519; la elección de Carlos I al imperio fue el 28 de julio de 1519, pero el emperador Maximiliano, abuelo y predecesor de Carlos en el trono imperial había muerto el 12 de enero de 1519. Este es el momento de recapacitar que el *Claribalte* bien puede acabar al final de lo que yo denominó segunda parte, con el regreso del héroe a Inglaterra y la revelación pública de su matrimonio secreto. Entonces se puede suponer que la última parte (ocho capítulos y seis pliegos, nada más) fue una suerte de *post scriptum* que se redactó mientras el trono imperial estaba vacante, entre enero y mayo de 1519.

contexto contemporáneo, o sea el occidental. En ese mundo occidental, nos dice la ficción caballeresca de Oviedo, España busca una alianza matrimonial con Inglaterra (cap. LXXVI). La historia nos dice que la famosa política matrimonial de los Reyes Católicos (fundamento de la diplomacia internacional de Fernando V) había logrado que desde 1509 su hija Catalina de Aragón fuese reina de Inglaterra como mujer de Enrique VIII.

Pero Francia conspira contra la paz y prepara la agresión: esto en la novela. Pero en la historia claro está que, para un español de la época, Francia había sido siempre la agresora, al menos desde el reinado del francés Carlos VIII, y allí estaban las interminables guerras de Italia para demostrarlo. La novela nos dice que, declarada la guerra, los ingleses desembarcaron en Calais, y entraron por Guines, Tournai, Arras, y por fin dieron batalla a los franceses, y Claribalte «los puso en huida e duró el alcance cuatro leguas» (folio LXVIII vuelto). Esto se parece mucho a la histórica victoria de Enrique VIII, aliado con su suegro Fernando V en la Santa Liga, en Guinegate sobre los franceses (1513) y a su posterior entrada triunfante en Tournai. En Guinegate (Enguignattes, en la actualidad), la caballería francesa huyó de tal manera ante los ingleses, que la batalla también se denominó de las Espuelas. Mientras tanto, nos dice la novela, los españoles habían invadido el sur de Francia. La historia no ofrece sincronía tan perfecta, aunque los planes históricos de Enrique VIII eran de un doble ataque a Francia, el suyo por el norte, y el de su suegro por el sur, pero en 1512 Fernando V había invadido Navarra, y en 1513 había jurado su cargo el primer virrey español de Navarra.

En 1513, además, se había jurado la liga de Malines, por la que se aliaban contra Francia, Inglaterra, España, el Imperio y el Papado, y en la novela Inglaterra y España están aliadas con Claribalte, heredero del Imperio. Y para apurar más los paralelos, después de su victoria novelística, el rey de Inglaterra entra en París donde se corona rey de Francia. Pues por un breve del 20 de marzo de 1512, el Papa Julio II había desposeído a Luis XII de Francia de su reino por cismático, y se lo había conferido a Enrique VIII de Inglaterra¹⁵.

¹⁵ Véase J. J. Scarisbrick, *Henry VIII* (Berkeley-Los Angeles, 1968), páginas 31-37. Al proyectar el *Claribalte* contra su marco histórico, no deja de tener interés, para apreciar las asociaciones mentales de su autor, que el protagonista se hace llamar en Inglaterra el Caballero de la Rosa, por su divisa, en un momento en que en Inglaterra se acababa de finalizar la guerra de las Rosas, y la unión de las casas rivales de York (su divisa era la rosa blanca) y de Lancaster (con la rosa roja por divisa), había convertido a la rosa

Con estas victorias militares (históricas y novelísticas, a la vez), Oviedo ha llevado su ficción a un punto en que considera justificable el liberar a su imaginación de la servidumbre a la historia, para poder dar a la novela el desenlace adecuado e ideal, y no el histórico e insatisfactorio. Con *Francia sojuzgada* y *Claribalte en el trono imperial* la primera tarea del nuevo emperador es solucionar el cisma religioso, y es sabido que la historia de aquellos tiempos repercute con los términos en pugna de Imperio-Papado-cisma. So color de escribir una novela (una construcción literaria desasida de la historia), Fernández de Oviedo presenta a estos tres términos en una combinación tan extraordinaria que ni la soñó el más exaltado cesarismo de Dante en el libro III de su *De Monarchia*. Escudado con el carácter ficticio de su construcción, que se supone ocurrir en tiempos de gentiles, el pensamiento de Oviedo vuela con una osadía increíble e inigualada. Para apreciarla bien, lo mejor será citar, aun así el pasaje resulte un poco largo:

Sobre aquesta cisma vinieron las cosas diuinas a término que olvidando la oración y santimonia toda la religiosa gente se conuirtió en armas... Mas el auctoridad y persona del Emperador fue acatada e de su temor no llegaron las voluntades dañadas a total rompimiento... e por sus cartas certificó a aquella ciudad e los principales destos mouimientos que si el summo pontífice no era justamente elegido qué sería en le priuar de tal dignidad... [muere el sumo pontífice]... Aquesto passado no consintió el Emperador que ninguno sucediesse en el Pontificado sino él mismo, e quiso comprender en sí los honores spirituales, e fue el primero que los mezcló en vna persona con los temporales entre los gentiles. E de consenso de todo el sacerdocio e gente militar de todos los estados fue elegido el mismo Emperador por Pontífice (capítulo LXXXI, folio LXX).

Las disputas de primacía entre el poder temporal y el poder espiritual las hereda el siglo de Fernández de Oviedo de la Edad Media, y todavía llevarán al bochornoso espectáculo del saco de Roma por las tropas imperiales (1527). O sea, que el novelista tercia imaginativamente en una controversia abierta, exacerbada, si cabía, por la política de los Reyes Católicos en Italia. Pero el pensamiento político español del siglo XVI, como se tiene que estructurar a partir de realidades empíricas y no novelísticas, no llega ni de lejos a tales audacias como las

en la divisa del reino. En este sentido, Enrique VIII era el histórico Caballero de la Rosa.

del Oviedo novelista: un Francisco Suárez puede abogar por la deposición del Papa, si su elección había sido dudosa, pero esto por el Colegio de Cardenales y no el emperador¹⁶.

El pensamiento de Fernández de Oviedo, que no está coaccionado por ninguna realidad, vuela con libertad poética para expresar un mensaje de imperialismo exaltado, aunque profético casi, cuando se piensa en las tormentosísimas relaciones entre Felipe II y Sixto V. Pero si dejamos de lado el desplante final, en que Imperio y Pontificado se unen en la persona de Claribalte, humorada quizá del novelista¹⁷, si dejamos de lado este aspecto del desenlace se podrá apreciar mejor la idea imperial de Fernández de Oviedo en el contexto de su época.

Muy en cifra se puede decir que el siglo XVI español conoce y practica dos ideas de imperio¹⁸. Carlos V recibe, desarrolla y practica una idea de imperio cristiano, «que no es ambición de conquistas, sino cumplimiento de un alto deber moral de armonía entre los príncipes cristianos» (Menéndez Pidal, *op. cit.*, págs. 19-20). En oposición ideológica estaba el concepto de Monarquía Universal, que sostenía que el imperio era «título jurídico para el mundo todo»; el emperador «no sólo había de *conservar* los reinos y dominios hereditarios, sino *adquirir más*, aspirando a la monarquía del orbe» (*ibidem*). La primera es la política europea de Carlos V, la segunda justifica su política americana.

El indiano Fernández de Oviedo, dada su circunstancia americana,

¹⁶ *De Fide, Spe et Charitate* (Coimbra, 1621), disputación X, sección 6, párrafo 19. En general, véase Bernice Hamilton, *Political Thought in Sixteenth-Century Spain* (Oxford, 1963), cap. IV, «Church and State». Para las disputas entre el Papado y los Reyes Católicos, véase Barón de Terrateig, *Política en Italia del Rey Católico*, 2 vols. (Madrid, 1958).

¹⁷ Dentro de la tradición literaria caballeresca lo podemos explicar como hipérbole de una hipérbole tópica: el héroe caballeresco, de Cligès a Palmerín de Oliva, pasando por Tirant lo Blanc, llega a ser emperador de Constantinopla, desenlace hiperbólico que por el orden temporal ya no se puede mejorar. La mejora sólo es posible por el orden espiritual, y así lo pone a la práctica Oviedo. Además, el desenlace de Oviedo, por disparatado que pueda parecer, debe considerarse dentro del afán de reforma que sacude a los siglos XV y XVI, y que acababa de llevar a Lutero a clavar sus tesis en la iglesia de Wittenberg (1517). La desazón y afán de reforma perduran en Oviedo, y hallarán nueva expresión en el intercambio de *epístolas morales* con el almirante de Castilla don Fadrique Enriquez (1524).

¹⁸ Véase Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V* (Buenos Aires, 1943), y Anthony Watson, *Juan de la Cueva and the Portuguese Succession* (Londres, 1971), apéndice I, «Two Imperial Policies: Christian Empire and Universal Monarchy».

no podía por menos que comulgar plenamente con la idea de monarquía universal, y así lo declara sin ambages en un pasaje de encendida elocuencia de su *Historia general y natural de las Indias* (1535):

La Cesárea Majestad del Emperador Rey don Carlos, nuestro señor, el cual ha seído digno, mediante la divina clemencia, que le hizo merecedor de sus buenas venturas y nuestras, de ser señor de tan valerosa nasción, para que veamos al presente, como se ve, la bandera de España celebrada por la más victoriosa, acatada por la más gloriosa, temida por la más poderosa, y amada por la más digna de ser querida en el universo. Y así nos enseña el tiempo, e vemos palpable, lo que nunca debajo del cielo se vido hasta ahora en el poderío e alta majestad de algún príncipe cristiano. Y así se debe esperar que lo que está por adquirir y venir al colmo de la monarquía universal de nuestro César, lo veremos en breve tiempo debajo de su ceptro; y que no faltará reino ni secta, ni género de falsa creencia, que no sea humillada y puesta debajo de su yugo y obediencia (*Bib. Aut. Esp.*, CXVII, 157a).

Unos veinte años antes la misma idea de monarquía universal dirigía y justificaba la ficticia conquista de Francia por Claribalte y sus aliados ingleses y españoles. En la misma vena, el Oviedo maduro aconsejará la anexión política de Alemania a España¹⁹. Y en la idea de monarquía universal, que simboliza el emperador Claribalte, se aunaban imaginativamente Oriente y Occidente, como en la práctica predicará más tarde y muy en serio Fernández de Oviedo:

Espérase en la misericordia de Dios que [la Cruz] será rres-tituída venciendo nuestro Carlo Quinto emperador al Gran Turco, e ganando la tierra e Casa Sancta de Jerusalem²⁰.

¹⁹ En un largo acróstico que inserta en su *Quinquagena I*, única publicada (ver nota siguiente), dice en parte: «Tengo pensamiento que aquella [sic] elecýon y electores han de ser removidos y pasarse a Castyla», *Quinquagenas de la nobleza de España*, ed. Vicente de la Fuente, I (Madrid, 1880), 131-51.

²⁰ *Quinquagenas de la nobleza de España*, Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 2219, folio 60 recto. Es el autógrafo de Oviedo, cuya edición tengo preparada, ver mi trabajo «Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Filología*, XIII (1968-69), 65-78. Es la última obra de Oviedo, quien escribe al final de ella: «Acabé de escriuir de mi mano este famoso tractado de la nobleza de España domingo primero día de Pascua de Pentecostés, XXIV de mayo de 1556 años, *Lavs Deo*, y de mi edad 79 años» (folio 97 vuelto). El Néstor de los cronistas de Indias, como le ha llamado Eugenio Asensio, murió el 26 de junio de 1557.

Pero la temprana expresión del ideal de monarquía universal en *Don Claribalte* tiene que haber resultado de embarazosa hipérbole, cuando la imaginativa profecía del autor se hizo realidad con el acceso del rey de España al Imperio. Nueva y categórica razón para que la novela quedase inconclusa, sin la continuación prometida. Lo que no quiere decir, en absoluto, que Fernández de Oviedo abandonase el ideal expansionista y agresivo de monarquía universal, ya que acabó sus días predicando en sus *Quinquagenas* la expansión territorial de España por Oriente. Genio y figura... ²¹.

JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE
The University of North Carolina.

²¹ Antonello Gerbi inicia su estudio ya citado, «El *Claribalte* de Oviedo», *Fénix...*, pág. 378, con esta poco acogedora afirmación: «El *Claribalte* es de veras muy pobre.» Según lo que uno valore, añadiré yo. Concurro en que es mala novela, pero afirmo que es excelente documento ideológico. El texto impreso contiene ambas cosas: sólo hay que saber a cuál de los dos preguntar qué cosas. La musa Clío es locuaz, pero hay que saber interrogarla.